

ERRI DE LUCA

**HUESO  
DE ACEITUNA**

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA

2021

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo  
del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano  
Este libro ha sido traducido gracias a la ayuda a la traducción  
del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano

Tradujo Jorge Sans Vila del original italiano *Nocciolo d'oliva*

Copyright © 2002 by P.P.F.M.C.

MESSAGGERO DI SANT'ANTONIO - EDITRICE

Basilica del Santo - Via Orto Botanico, 11 - 35123 Padova (Italia)

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2021

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2078-9

Depósito legal: S. 3-2021

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

Premisa .....	9
---------------	---

## PRIMERA PARTE

Advenimiento .....	17
El intruso más esperado del mundo .....	19
La parte de María .....	25
Desde la frialdad de un sepulcro .....	29
Ascensión .....	35

## SEGUNDA PARTE

Hueso de aceituna .....	39
<i>Bereshit</i> .....	43
Tierra .....	47
Los dos sexos .....	51
Caín .....	55
Babel .....	59
Isaac .....	63
Rubén .....	67
Tamar .....	71
La zarza .....	75
El falso testimonio .....	79
Bendiciones .....	83

Distancia de seguridad .....	87
Risa .....	91
Torrente .....	95
Paternidad .....	99
Profecía de un muchacho .....	101
Cuatro escenas con Jonás .....	105
El verbo de la aurora .....	115
Como quien rebusca tras los vendimiadores	119
Anuncios del fin del mundo .....	123

## PREMISA

Como lector impenitente de la escritura santa, frecuento el hebreo antiguo de las historias fundacionales, de los profetas, de los salmos que atesora el Antiguo Testamento. Sin embargo, esta práctica cotidiana no ha hecho de mí un creyente. Que sea lector y que, no obstante, haya decidido plantar mi tienda fuera de las murallas tiene que ver con dos dificultades personales.

La primera es la oración, ese poder y posibilidad que tiene el creyente de dirigirse a Dios como a un «tú», de considerarlo interlocutor, de dirigirse a él con tonos que van desde la rabia hasta la súplica. La oración es una facultad maravillosa de la criatura, que la lleva a remontarse hasta su origen y lo cuestiona, lo llama, lo sacude en su distancia. Quien ha pronunciado la primera oración no ha podido inventarla. Solo puede haber respondido a una llamada como la de Abrahán con su *hinneni*, «heme aquí». *Hinneni* es la primera palabra, la que antecede a toda oración. La criatura se

separa del resto de la especie y de lo creado, se excluye para entablar una relación. El lugar propio de la oración está en los límites de ese paisaje donde la vista se pierde. Dice el salmo 78: «Y los condujo a su límite santo» (Sal 78, 54). Dios lleva a los hebreos al desierto, porque ese es el lugar del encuentro. No los llama al centro urbano, a una plaza, sino a la soledad inhóspita del viento y del polvo. Al desierto: tal es el lugar físico de la oración. El creyente deja que lo envuelva el vacío para así hacer posible el encuentro.

Leo en el versículo del salmo un doble desplazamiento: el del pueblo, que sigue la vía señalada a través del desierto, y el de Dios, que también se desplaza para caminar. Ha renunciado a estar en todas partes para dejar sitio a la criatura y a lo creado. El silencio de Dios es su escucha, y quien ora lo alcanza.

No sé hacerlo, no sé dirigirme a... Quizá alguien como yo se centra obstinadamente en la escritura porque no sabe dirigirse ni siquiera a los otros y reduce el intercambio a ese agarramiento de la mano, a ese ir y venir de una pluma que traza letras sobre una hoja. Finjo que es mi voz, mi ansia de suscitar una sonrisa, un intercambio, un afecto. No sé dirigirme a, no sé el pronombre de la oración. Echo mano del sucedáneo «tú» de la escritura.

Hablo de Dios en tercera persona, leo acerca de él, oigo hablar de él y siento vivir a otros de él (ruego que se me permita escribir «él» en minúscula; quien no cree no tiene derecho a usar la mayúscula). Los voluntarios católicos a los que durante cinco años he servido como chófer de los camiones de ayuda en Bosnia, viven de ese «él». A su lado percibo, experimento esa entrega sencilla, esa luz que ampara incluso en la aflicción. Escribo estas palabras a su sombra. Hablo de Dios en tercera persona porque leo su nombre en las historias santas, todos los días. Son un testimonio indirecto: veo las palabras del Antiguo Testamento no reducibles a creaciones de distintos autores, veo las vidas de los amigos católicos no reducibles a mero altruismo o buena voluntad, sino como sello de autenticidad. Pese a todo esto, sigo siendo uno que habla de Dios en tercera persona. Mi pie tropieza cada día en esta piedra de la oración; no la puedo evitar, porque la oración es el umbral.

La segunda dificultad es el perdón. No sé perdonar y tampoco puedo admitir ser perdonado. Es una blasfemia para el creyente, que considera que no hay culpa que Dios no pueda perdonar. Rabí Nachman de Breslau afirmaba que el arrepentimiento no es un arrebató de separarse, el impulso que da el que salta

desde el trampolín, sino el sentimiento por el que uno se encuentra ante el error, el pecado, y por primera vez no recae, no vuelve a cometerlo. Nachman dice que el arrepentimiento se proyecta hacia el futuro, mientras que el pesar conduce de vuelta al pasado.

En mi caso, si no repito un error es porque carezco de tiempo, por falta de energía, porque me hago viejo y acumulo cansancio, que es otra forma de sabiduría; pero no por arrepentimiento. En mi vida hay un umbral de lo imperdonable, de lo no reparable. No puedo admitir ser perdonado, no sé perdonar aquello que me afecta. He aquí los obstáculos que hacen que permanezca fuera de la comunidad de los creyentes.

Leo las historias santas, capto la inmensidad de un sentido, aunque me quede en la superficie de las palabras. Ya en el primer versículo del salmo que leí al comienzo de la mañana: *Shomreni El ki hasiti bac*, «Protégeme, *El*, porque en ti me refugio» (Sal 16, 1), ¡qué absoluto privilegio hay en la voz de David cuando afirma haberse refugiado en Dios! ¿Cómo puede saberlo? ¿Cómo puede creer que su petición de refugio ha sido escuchada? Pero es así, su voluntad se realiza por el solo hecho de tener fe. Puede decir sin presunción: «En ti me refugio».



Más aún, no usa con Dios el ruego, sino el imperativo: «Protégeme». Es una orden. David, rey y caudillo de soldados, sabe lo que es una orden. Y la dirige a Dios como primera palabra de su salmo. Ya el versículo con el que he iniciado el día me ha bastado para conturbarme en su simple literalidad. Y la razón es la sublime arrogancia, la fuerza natural, el ímpetu con que habla, la furia de los sentimientos. David, el genial poeta de los salmos, transmite una pasión al dirigirse a Dios, una urgencia incontenible, hasta el punto de que no soy capaz de leerlo sin que se tambalee el atril sobre el que escruto el libro.

Es así como las historias santas acompañan a un lector. Puedo asegurar que soy un acosador de ese tipo de palabras, no las dejo tranquilas, porque pretendo regresar con un puñado de rescoldos aún calientes. Quien tiene fe, por el contrario, descubre en sus páginas la materia de que está hecha la zarza ardiente de Moisés, que arde sin dejar restos de la combustión, sin consumirse.